

Las primeras réplicas de los profetas Abacuc y Daniel en el auto *Mística y real Babilonia* de Calderón: prefiguración de dos trayectorias complementarias

Françoise Gilbert

LEMSO, Universidad de Toulouse-Le Mirail

Al interesarme por la cuestión de la primera réplica, me di cuenta, al estudiar el caso del auto *Mística y real Babilonia* de Calderón, de que las primeras réplicas de los dos personajes de profetas que intervienen en la obra funcionaban como la prefiguración de dos trayectorias que se desarrollaban de manera complementaria a lo largo del auto, tanto a un nivel formal como a un nivel teológico, para servir un propósito catequístico común. Es lo que quisiera demostrar aquí, dejando de lado todo el aspecto escénico de la cuestión para centrarme preferentemente en el contenido de estas primeras réplicas.

El primer personaje que aparece en el escenario del auto *Mística y real Babilonia* es el profeta Abacuc, pero las primeras palabras de la obra pertenecen a personajes que están fuera del escenario: de hecho, las pronuncian el personaje de Nabucodonosor y unos cantantes, y la acotación que encabeza el auto reza lo siguiente: «*Dentro cajas y trompetas a una parte, y a otra, instrumentos, músicos y voces, y sale ABACUC, viejo venerable atendiendo como con sentimiento a todo*». Las palabras de Nabucodonosor exponen brevemente la acción (NAB.—«La vuelta de Babilonia / marche el campo. Y en honor / del triunfo una y otra vez / digan una y otra voz» [vv. 1-4]) y, como un eco, el coro celebra el triunfo del tirano en otros cuatro versos (MÚSIC.—«A los campos de Senar, / de los montes de Sión, / triunfante vuelve el invicto / rey Nabuco-Donosor» [vv. 5-8]). Estas primeras palabras sitúan el argumento del auto en el contexto bíblico de la

deportación de los judíos a Babilonia¹, lo que de antemano coloca a sus protagonistas en una situación dinámica, de transición.

El monólogo —76 versos— del único personaje visible en el escenario, el profeta Abacuc, funciona primero como una repetición y un comentario de las palabras emitidas por los personajes invisibles, y en esta medida puede ser considerado como una réplica en el sentido original de la palabra, aunque réplica indirecta: repite interrogativamente lo que acaba de oír, y luego reacciona: (ABAC.—«¿A los campos de Senar, / de los montes de Sión, / triunfante vuelve el invicto / rey Nabuco-Donosor? / ¡Oh prolija edad! ¡Qué bien / dijo el que dijo de vos...» [vv. 9-14]). Progresivamente, este parlamento vendrá a traducir no sólo lo que oye el profeta, sino también lo que ve, caracterizándolo como testigo estático de los acontecimientos que presencia, sin que participe en el movimiento que experimentan sus correligionarios fuera del escenario («como ver que vuestro pueblo / cautivo marcha...» [vv. 35-36]). Aprenderemos luego que esta posición de testigo viene reforzada por la localización geográfica del profeta en lo alto de un monte, en el lugar fronterizo de Bedsocar («... este monte en que hoy / habito es de Palestina / y Senar la división» [vv. 122-124]).

En este primer parlamento, antes de meditar sobre el destino de sus correligionarios, el profeta empieza por dirigirse a su propia edad a la que personifica, lamentando el gran número de sus años («¡Oh prolija edad! ¡Qué bien / dijo el que dijo de vos / que sois, gozada en quietud, / la felicidad mayor; / pero para quien os goza / en sobresalto y temor, / ¡oh qué bien dijo el que dijo / que lengua enfermedad sois!» [vv. 13-20]). La edad del profeta, mencionada como una característica suya en el elenco de las personas que hablan («ABACUC, viejo venerable»), lo confirma pues en su posición de testigo, inmóvil ahora ante el paso doloroso del tiempo («¿para qué de tantos años / vi la larga sucesión, / si a dichas de ayer había / de feriar desdichas de hoy?» [vv. 25-28]), y prepara su cuestionamiento del designio divino a través de una apóstrofe a Dios («Si yo pudiera argüir / vuestras clemencias, Señor / (perdonadme esta licencia), / os preguntara, mi Dios, / para qué...» [vv. 21-25]). En efecto, parece que el viejo profeta pone en tela de juicio la pertinencia de la deportación de los judíos («mas ¡ay, que siendo don vuestro, / imprudente, arguyo el don! / que es muy grosero el dolor, / y más, dolor tan vehemente, / tan tirano y tan atroz / como ver que vuestro pueblo / cautivo marcha...» [vv. 30-36]). Esta no aceptación² por parte del personaje de una voluntad divina que no entiende —lo que no deja de sorprendernos en un profeta— no es invención de Calderón: el libro bíblico de Abacuc³ ya se organiza como un diálogo

¹ Véase, en el *Dictionnaire Encyclopédique du Judaïsme*, 1996, p. 350, el artículo «Exilio de Babilonia». El exilio de una parte de la población del reino de Judá por el monarca babilónico, Nabucodonosor, se produjo en la primera parte del siglo VI a. de C. La primera deportación tuvo lugar en 598 a. de C., cuando el rey Joaquín de Judá se entregó a los ejércitos de Nabucodonosor que había sitiado Jerusalén. El rey, su corte y diez mil otros cautivos fueron deportados (véase 2 Reyes, 24, 12-16), y Nabucodonosor proclamó rey a Sedequías, el tío de Joaquín. Sin embargo, pronto se rebeló Sedequías y Jerusalén volvió a ser sitiada. Esta vez, en 586 a. de C., la ciudad fue destruida (véase 2 Reyes 25, 8-21 y 2 Crónicas, 36, 10).

² Es interesante notar que en el texto del Libro de Abacuc son introducidos los lamentos por la exclamación hebrea «oy», que volvemos a encontrar bajo la pluma de Calderón en la interjección «¡ay de mí!» [v. 38]. Véase en Gerard, 1989, pp. 478-479, el artículo «Habacuc (*livre d'*)».

³ Véase Vigouroux, 1899, t. III, col. 376, el artículo «Habacuc», que explica cómo el texto bíblico se divide en dos partes. Véase también en Gerard, 1989, pp. 478-479.

entre el profeta y su Dios, en el que Abacuc se queja de la injusticia y la violencia del mundo mediante una serie de lamentos y oráculos, seguidos de imprecaciones contra el opresor impío, para acabar con una oración que celebra la intervención de Yaveh. Veremos luego cómo Calderón se las arregla para que esta segunda voz del texto bíblico también pueda expresarse en el auto.

Pero de momento, y para continuar con la primera réplica de Abacuc, ésta se prosigue por unos veinte versos (vv. 39-60) que relatan los acontecimientos que acaban de sufrir los judíos por parte del ejército de Nabucodonosor: cautiverio del rey Joaquín y de la juventud noble de Jerusalén, profanación y destrucción del Templo⁴, robo de los objetos del culto, tristeza de Jerusalén, a la que se asocia el profeta a la vez que se integra ahora en un grupo que no participa en esta tribulación por quedarse en Judá («si trocáramos, Señor, / los que en la patria quedamos / a llorar su destrucción, / nuestra ansia a su cautiverio» [vv. 64-67]). Esta posición, aunque genere el sufrimiento («Que quien siente con amor / lo que siente el que ama, tiene / ya argüida la cuestión, / que entre padecer y ver / padecer no hay distinción» [vv. 68-72]), plantea el problema de la no participación del profeta en el proyecto divino. En efecto, se incluye Abacuc en lo que en Jeremías se llama «el resto de Judá»⁵, o sea los judíos que no aceptaron la deportación a Babilonia y esquivaron de cierto modo la voluntad de Dios. Es lo que le recordará brutalmente, poco después, su criado el gracioso Zabulón («... ¿qué te quejas, / si anteviendo tu temor, / como profeta, esta ruina, / con madura prevención / dejaste a Jerusalén / por Bedsocar, donde hoy / vives, de Hostercina el valle, / heredada posesión / que te dio por patrimonio / la tribu de Simeón? / Y no eres de los cautivos / con que en ti el refrán cumplió / aquello del mal, lo menos» [vv. 107-119]).

Recapitulando: esta primera réplica del viejo profeta Abacuc, que comenta desde lo alto la deportación del pueblo de Israel a Babilonia, lo caracteriza de buenas a primeras como un personaje estático, testigo voluntaria —aunque dolorosamente— exterior a la acción que va a desarrollarse a continuación (de hecho, sólo estará presente en el escenario en esta larga primera secuencia del auto para volver a aparecer solamente en la penúltima). Estas características alimentan el contraste con la primera réplica del profeta Daniel, que aparece en lo que ha sido definido como «los campos de Senar», rodeado de sus compañeros, cuando Abacuc se aleja hacia el fondo del escenario, como consta en la acotación: «*Retíranse ABACUC y ZABULÓN, y al compás de las cajas y trompetas salen marchando DANIEL, AZARÍAS, MISAEL, ANANÍAS y soldados y músicos. Los cuatro, que han de ser tres mujeres músicas, y DANIEL, joven galán, vestidos a lo judío con cadenas en los pies, y los demás, a lo gentil. Dan vuelta al tablado cantando unos y llorando otros*».

La primera verdadera réplica de Daniel interviene después de los lamentos de sus compañeros, que, hasta en su forma, funcionan como un eco de los de Abacuc (AZAR.—«¡Ay mortal ausencia! / ANAN.—¡Ay partida unión! / MIS.—¡Ay noche sin día! / LOS TRES.—¡Ay día sin sol!» [vv. 165-168]). Personaje joven —según los textos bíblicos,

⁴ Según parece, Calderón confunde en una misma época la deportación de Joaquín y la destrucción del Templo.

⁵ Son los judíos que se negaron a ser deportados a Babilonia según el mandamiento divino, sea quedándose en Jerusalén, sea huyendo a Egipto. Ambas categorías de judíos fueron condenadas por Yaveh.

tendría unos catorce años durante la deportación a Babilonia⁶—, participante activo en el tránsito de los deportados por el valle, Daniel ofrece un contraste evidente con Abacuc. Esto se confirma en su primera réplica, que toma el contrapunto exacto de la tonalidad patética que dominaba hasta ahora (DAN.—«Suspended el llanto, amigos; / y aunque es tanta la aflicción / en que os veis, no os desconsuele, / pues va con vosotros Dios» [vv. 195-198]). El imperativo puesto de realce al principio del primer verso de su parlamento subraya su autoridad sobre sus compañeros, y ya anuncia una nueva lectura —más optimista— de los acontecimientos. De hecho, y a pesar de su juventud, descifra e interpreta una situación en la que asume plenamente su parte de responsabilidad («Por pecados de su pueblo / (míos dijera mejor) / le castiga como Padre, / pues es con tan blanda acción, / como en nuestros pechos dure / la Fe de la Religión, / que nos quita nuestra patria / y no nos quita su amor» [vv. 199-206]), y analiza esta tribulación como formando parte de un proyecto divino en el que Nabucodonosor no es más que un instrumento, como va a explicitar a continuación («El poder de ese tirano / no es el que nos sujetó, / porque él no es más que la vara / con que nos hiere...» [vv. 207-210]). Las intenciones de Dios, acerca de las que se interrogaba y lamentaba Abacuc, Daniel las deduce de manera muy lógica: «Si destruirnos quisiera, / con sola la suspensión / de su asistencia un instante / lograra la destrucción. / Y pues nos deja con vida, / enmendarnos quiere, no / destruirnos...» (vv. 215-221). La primera réplica de Daniel termina entonces sobre una exhortación a la fidelidad y a la confianza en los designios divinos («Y pues nos deja con vida, / enmendarnos quiere, no / destruirnos; y así, amigos, / vaya él en el corazón, / que como él no falte, dé / cualquier castigo es amor» [vv. 221-224]); y tanta clarividencia provoca la gratitud del viejo profeta Abacuc, testigo todavía de esta secuencia sin que se percaten de ello sus demás protagonistas (ABAC.—[Ap.] «¡Oh joven, quién mil abrazos / pudiera darte!»), y el comentario onomástico de Azarías (AZAR.—«Tu voz / conforma a tu nombre, pues / Daniel es Juicio de Dios» [vv. 226-228]).

Las características aquí atribuidas a Daniel tampoco son puras invenciones de Calderón, sino que la Biblia ya dibuja a un personaje cuyo rasgo más importante es el don de interpretación, y cuyas misiones son impedir gracias al ejemplo de su fe inquebrantable que sus hermanos de cautiverio se entreguen a la apostasía, y desarrollar esperanzas mesiánicas⁷.

Al yuxtaponer casi las primeras réplicas de estos dos profetas que, como consta en la Biblia, ofrecen dos visiones diferentes de la deportación a Babilonia, y al caracterizarlos como opuestos por su situación geográfica, por su pertenencia a dos generaciones diferentes, por su implicación en la acción y por su comprensión de los designios divinos, Calderón está anunciando ya dos líneas de fuerza que obligatoriamente, y de acuerdo con la convención del género sacramental, desembocarán en una celebración de la Eucaristía. A pesar del contraste que ofrecen una con otra, estas primeras réplicas, entonces, ya preparan dos trayectorias que sin embargo resultarán complementarias e indisolubles una de otra en el propósito teológico que se ha fijado el dramaturgo.

⁶ Véase a este propósito en Vigouroux, 1899, t. II, cols. 1247-1283, el artículo «Daniel», y en Gerard, 1989, pp. 244-248, el artículo «Daniel (*livre de*)».

⁷ Véase Vigouroux, 1899, cols. 1253-1254.

La reunión de estas dos líneas divergentes en un mismo proyecto teológico la realiza Calderón primero al nivel formal, repartiendo entre los dos personajes de profetas el contenido del mensaje bíblico del profeta Abacuc. En efecto, como ya dijimos, el libro bíblico se organiza como un diálogo lírico entre el profeta y Dios, en el que el profeta se queja de la injusticia de la invasión caldea⁸ y luego obtiene de Dios la justificación de tal tribulación. Hemos visto ya cómo, sobre este modelo, el monólogo de apertura de Abacuc en nuestro auto es un largo lamento sobre la deportación del pueblo de Israel a Babilonia. En cuanto a la intervención de la segunda voz del diálogo bíblico, se prepara mediante las quejas de los personajes de los tres jóvenes que acompañan a Daniel, y que lamentan su tribulación con palabras similares a las de Abacuc (MRS.—«... que un ¡ay! cifró / cuanto hay que decir; y así / sólo diga nuestra voz: / ¡Ay mortal ausencia! / ¡Ay partida unión! / ¡Ay noche sin día! / ¡Ay día sin sol!» [vv. 188-194]). La palabra de Dios se expresa entonces por boca del personaje de Daniel, quien cumple así con el programa que implica su nombre —*Juicio de Dios*— y explicita para sus hermanos el proyecto divino de castigo del pueblo infiel gracias a Nabucodonosor, completando así el cuestionamiento esbozado por Abacuc. Esta segunda voz del diálogo bíblico se prolonga entonces sin ruptura aparente en el auto por el parlamento alentador de Daniel, cuyas características propias hemos destacado ya. Más allá en el texto, y conformemente a la misión de intérprete de las cosas escondidas que le confiere el libro bíblico, explicitará el valor alegórico de la acción que va a presenciar el espectador, y su alcance mesiánico (DAN.—«... para cobrarnos, hagamos / una representación / del destierro del primero / Padre, puesto que Sión / era nuestro Paraíso, / y a la Babilonia hoy / del Mundo vamos a sólo / comer el pan de dolor. Y pues de aquella fatiga / la esperanza nos quedó / en consuelos que dio el cielo / a Abraham, Isaac, Jacob, / de que había de venir / para su consolación / el esperado Mesías, / ... y esperemos / constantes siempre en su Amor, / ya que no en luces, en sombras / ver en la transmigración / de Babilonia qué rasgos / nos da de su Redención» [vv. 285-299 y 306-312]). El valor catequístico del auto se dibuja ya de manera muy clara: el drama de la deportación a Babilonia no representa sólo la tribulación del hombre en la tierra, cantada por Abacuc, sino también la esperanza de su redención, como lo pregona Daniel. La síntesis de los dos mensajes bíblicos aparece entonces como la manifestación formal del proyecto sacramental del dramaturgo, al servicio de una complementariedad teológica que, ella también, puede leerse en las aparentemente contradictorias primeras réplicas de Abacuc y de Daniel.

Me explico: si nos contentamos con subrayar el contraste que surge de las primeras réplicas de los dos profetas, o sea un Abacuc viejo, estático, voluntariamente retirado del tránsito a Babilonia, afligido y poco confiado en los designios de su Dios, y un Daniel joven, alentador, participante activo en el tránsito de un universo antiguo a otro nuevo, lleno de esperanza y perfectamente receptivo a las perspectivas divinas, estos dos

⁸ Vigouroux, 1899, col. 378, explica cómo el texto bíblico entero es «un diálogo al que se junta una poesía lírica. El diálogo es apremiante, dramático: una queja exasperada, una respuesta que promete un castigo, una réplica suplicante, y después de un instante, la clausura del diálogo». Es interesante notar que nuestro auto contiene una cantidad notable de momentos cantados, y que desde el punto de vista de la métrica, muchas estrofas son endechas, o versos derivados del modelo de base endecha, lo que bien respeta el carácter de lamentación del texto.

perfiles resultan difícilmente conciliables en un mismo proyecto de celebración eucarística. Es necesario matizar la caracterización del personaje de Abacuc tomando en cuenta su reacción al presenciar la primera réplica que Daniel dirige a sus compañeros (ABAC.—«¡Qué santa conversación! Zabolón, por vida tuya, / que pues marchan al calor, / a la hambre y la sed sujetos, / que el alivio que les dio / o la piedad del cansancio, / o la cólera del sol, / se le logres con llevarles / esa comida, que yo / de aquí a salir no me atrevo, / temiendo que el ser quien soy / no le ponga a ese tirano / codicia de mi prisión» [vv. 336-348]). Si bien sigue apareciendo como temeroso de padecer la suerte de los deportados, el viejo profeta por lo menos quiere aliviarlos ofreciéndoles, mediante su criado Zabolón, la comida destinada al principio del auto a sus segadores (ZAB.—«que ya en esta cesta viene / el pulmento a quien le dio / aqueste nombre la harina, / siendo sino pan de flor, / ázimo alimento suyo» [vv. 89-95]). Lo que de momento no es más que una fugaz introducción del motivo eucarístico, eclipsada por la cobardía manifiesta del profeta, cobrará en la penúltima secuencia del auto todo su alcance: en efecto, a instancias del ángel Gabriel, Abacuc vuelve al escenario con los mismos atributos eucarísticos, evocados en términos casi idénticos a los de su primera ocurrencia (ABAC.—«A ver voy mis segadores / y mis regalos mejores / son, si a mirarlos llegáis, / un miserable pulmento / que es harina y agua pura, / blando pan sin levadura / y vino, que a su alimento / acompaña solamente» [vv. 1807-1814]). Se confirma ahora su misión eucarística cuando el ángel le explica que tiene que llevar el contenido de la cesta a Daniel preso entre los leones (GABR.—«El misterio peregrino / hoy de ese pan y ese vino / ha de constar a la gente / llevándole al preso vos» [vv. 1815-1820]), pero la previa caridad del profeta se templó a partir del momento en que entiende que tiene que ir a Babilonia (ABAC.—«Gozos, que en hacer recibo / limosna, son penas ya; / que a Babilonia no sé, / ni me atreveré a ir a ella, / ni imaginarla, ni a vella» [vv. 1828-1832]). Volvemos pues a encontrar la actitud ambigua característica del personaje, que olvida su caridad a pesar de las explicaciones de Gabriel (GABR.—«Vianda es tan soberana / esa, que el Ángel tocar / a ella no ha de presumir, / porque la ha de recibir / Hombre y Hombre la ha de dar; / mostrando, porque le asombre, / lo que Dios le ensalza, pues / aunque Pan de Ángeles es, / es de Ángeles para el hombre» [vv. 1837-1845]), y el viejo profeta va hasta pretextar que no sabe ir solo⁹, y que su gran edad se lo impide¹⁰, hasta que el ángel lo coja por los cabellos y se lo lleve a la fuerza a Babilonia, donde le asigna categóricamente su misión eucarística (GABR.—«Tú, Abacuc, pues sacerdote / y Profeta de Dios eres, / ministrársele te toca» [vv. 1902-1904]) antes de devolverlo a su montaña. Este episodio sorprendente tampoco es invención de Calderón: viene referenciado en el libro bíblico de Daniel¹¹, y su integración en el auto remata la caracterización del profeta como figura ambigua que no quiere acompañar a su pueblo en su camino hacia la redención, y que, sin embargo, le proporciona sin entenderlo los

⁹ Véase los versos 1846-1847: ABAC.—«Pues ¿cómo le he de llevar, / yo, sin saber el camino, / ni prisión, el pan y el vino?».

¹⁰ Véase los versos 1850-1851: ABAC.—«Viejo soy, y que habrá advierte, / muerto ya cuando lleguemos».

¹¹ Véase Dan. 14, 32-38, y en Vigouroux, 1899, cols. 381-382, el segundo artículo «Habacuc»: este profeta es, según los unos, el octavo de los ocho profetas —o sea el Abacuc de nuestro auto—, y según los otros, un personaje diferente porque vivió en una época más tardía.

alimentos de esta redención, como consta en la acotación («*Da vuelta el bofetón de suerte que, llegando de un carro a otro, pueda ABACUC dar la cesta a DANIEL*»).

Al considerar el papel desempeñado por Abacuc casi a pesar suyo, nos percatamos de que él es quien finalmente le confiere a la acción protagonizada por Daniel y sus compañeros de exilio todo su alcance teológico. Si a Daniel le toca anunciar el valor alegórico de la deportación del pueblo de Israel a Babilonia en esperas de una redención mesiánica, el proceso eucarístico de esta redención se realizará por obra de Abacuc. Las dos trayectorias prefiguradas en la primera réplica de cada uno de los profetas se revelan entonces totalmente complementarias en la perspectiva eucarística del auto, y se ofrecen para una interpretación más simbólica aún. En efecto, en el marco alegórico de un auto que escenifica episodios del Antiguo Testamento, no resulta impertinente proponer una lectura de los dos personajes de profetas como simbólicos de la complementariedad que rige el advenimiento del Nuevo Israel: emblemático del inmovilismo de la Ley vieja, Abacuc rehúsa cualquier participación en la economía cristiana de la salvación, mientras que Daniel, en tránsito con el pueblo de Israel, prefigura el paso hacia una Ley nueva, joven y llena de esperanzas mesiánicas. Y según la concepción cristiana de la historia de la salvación, aunque el Viejo Israel lo acepte a regañadientes, él es quien *de facto* alimenta el tránsito hacia el Nuevo Israel cuya rendición mesiánica se cumplirá en su debido momento, según anuncia el ángel Gabriel (GABR.—«que aunque para ver la luz / que ha de venir del Oriente / setenta hebdómadas faltan» [vv. 1882-1884])¹².

Bibliografía

- Dictionnaire Encyclopédique du Judaïsme*, Paris, Robert Laffont, «Bouquins», 1996.
 GERARD, André-Marie, *Dictionnaire de la Bible*, Paris, Robert Laffont, «Bouquins», 1989.
 MOLINER, María, *Diccionario del uso del español*, Madrid, Gredos, 1989.
 REYRE, Dominique, *Lo Hebreo en los autos sacramentales de Calderón*, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Reichenberger, 1998.
 VIGOUROUX, François, *Dictionnaire de la Bible*, Paris, Letouzey et Ané, 1899.

*

¹² Véase Vigouroux, 1899, col. 1251, a propósito de Dan. 9, 20-27. Durante el primer año de Dario, el ángel Gabriel visita a Daniel y le anuncia que, en un porvenir lejano, las setenta semanas de años anunciadas por Jeremías desembocarán en la reconstrucción de Jerusalén, la muerte violenta del Mesías y el advenimiento de una nueva Alianza que reemplazará la antigua, ya caduca.

GILBERT, Françoise. «Las primeras réplicas de los profetas Abacuc y Daniel en el auto *Mística y real Babilonia* de Calderón: prefiguración de dos trayectorias complementarias». En *Crítico* (Toulouse), 83, 2001, pp. 125-132.

Resumen. Las primeras réplicas de los dos personajes de profetas, Abacuc y Daniel, que aparecen en el auto *Mística y real Babilonia* funcionan como la prefiguración de dos trayectorias complementarias que sirven el propósito catequístico común de celebración de la redención eucarística. Esta complementariedad funciona primero a un nivel formal, traduciendo las dos voces que dialogan en el mismo libro bíblico de Abacuc, y dando cuenta del designio divino que preside a la deportación de los hebreos a Babilonia. A un nivel teológico, el contraste que ofrecen las aprensiones opuestas de la deportación no impide una complementariedad de acciones: si Daniel elucida el valor alegórico de la tribulación en esperas de una redención mesiánica, es Abacuc quien permite la realización del proceso eucarístico de esta redención.

Résumé. Les premières répliques des deux personnages de prophètes, Abacuc et Daniel, qui apparaissent dans l'auto *Mística y real Babilonia* fonctionnent comme la préfiguration de deux trajectoires complémentaires qui servent le but catéchistique commun de célébration de la rédemption eucharistique. Cette complémentarité fonctionne premièrement à un niveau formel, traduisant les deux voix qui dialoguent dans le même livre biblique d'Abacuc, et rendant compte du dessein divin qui préside à la déportation des Hébreux à Babylone. À un niveau théologique, le contraste qu'offrent les appréhensions opposées de la déportation n'empêche pas une complémentarité d'action: si Daniel élucide la valeur allégorique de la tribulation dans l'attente d'une rédemption messianique, c'est Abacuc qui permet la réalisation du processus eucharistique de cette rédemption.

Summary. The first replies of the two prophet characters, Abacuc y Daniel, who appear in the auto *Mística y real Babilonia* function as the prefiguration of two complementary directions in the drama that serve a common catechistic purpose: the celebration of eucharistic redemption. This complementarity functions first on a formal level, translating the two voices in dialogue in the biblical book of Abacuc, and accounting for the divine project that presides over the deportation of the Hebrews to Babylon. On a theological level, the contrast between opposing visions of the deportation does not impede a complementarity of actions: if Daniel correctly elucidates the allegorical value of the tribulation, in preparation for a messianic redemption, it is Abacuc who allows the realization of the eucharistic process of this redemption.

Palabras clave. Auto sacramental. Biblia. CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro. *Mística y real Babilonia*. Primera réplica.